

llevaba al estudio. Ramírez Santacruz nos muestra cómo esta rendición en realidad había sido más bien impuesta por Aguiar y Seijas, quien había aumentado su poder e influencia en el virreinato tras las revueltas populares de 1691. Así, explica que se encontraran en la celda de la monja tras su muerte 180 libros y varias carpetas de poesía: en sus últimos meses de vida sor Juana intentaba volver al estudio y a la actividad poética de manera discreta. La vida de esta monja quedó marcada por la contradicción interna, el enfrentamiento entre la poetisa y la religiosa hasta el fin de sus días.

En definitiva, las tres biografías se construyen para dar explicación a la faceta humana de estas figuras, acercando a los lectores las luchas internas entre el deseo y la realidad que marcaron sus tres vidas. Nos encontramos ante una colección de biografías que, sustentándose en el más riguroso estudio académico de los personajes y sus circunstancias históricas, ahondan en las diatribas humanas que marcaron sus rumbos vitales. A la vez, son biografías exactas y bien narradas, que ponen al lector en la piel de los personajes, iluminando las oscuridades y desentrañando las dificultades que afrontaron a lo largo de sus vidas. No se limitan a dar series concatenadas de datos biográficos, sino que hilan de manera casi novelada las vidas de estos tres genios, permitiendo al lector disfrutar conociendo de nuevo a estos personajes a la vez tan célebres como escritores y desconocidos como personas.

DOI 10.14672/1.2019.1564

Jorge Urrutia, *Será presente lo que ya es pasado (Antología 1966-2016)*, Introducción de Consuelo Triviño Anzola, Madrid, Editorial Salto de Página, 2017, 160 pp. ISBN 9788416148479

**Maria Caterina Ruta
Università di Palermo**

A Jorge Urrutia se le ha incluido en la categoría de los poetas profesores y, si aceptamos la división en generaciones, en la Generación de los Setenta o del lenguaje. En el grupo de escritores que la integran se subraya una constante reflexión sobre el uso y dominio del lenguaje para expresar con suficiente eficacia las situaciones interiores y exteriores del sujeto poético. Como señala la escritora Consuelo Triviño Anzola en la “Introducción” de la Antología 1966-2016, el poeta se sitúa en la atmósfera cultural de su generación, generación que tuvo la tarea de renovar el lenguaje poético, liberándolo de los límites de una poesía comprometida, que ya en los poetas de los Cincuenta habían empezado a vacilar. Abiertos a los modelos europeos, en los años setenta los jóvenes poetas, entre los cuales se incluyen a Guillermo Carnero, Jaime Siles, Jenaro Taléns, Andrés Sánchez Robayna, César Antonio Molina y Fanny Rubio, quisieron explorar nuevos caminos, para llegar a un concepto de poética “que se plasmó en una postura ética de ruptura estética” (“Introducción”, 11). La portada de la función desarrollada por estos poetas, sin embargo, no fue comprendida adecuadamente por los contemporáneos, como

demuestran, en la opinión de Triviño Anzola, las Antologías publicadas en aquellos años, que resultan muestras parciales y a menudo unilaterales del panorama poético de la época.

Impulsada por el estructuralismo, dominante en los años 60 y 70, y sucesivamente por el posestructuralismo, la actitud crítica de esta generación en el caso de Jorge Urrutia se alimenta en el conocimiento de la tradición poética española y, asimismo, cuanto menos, europea. Esa condición determina una precisa reflexión que, además que en sus versos, el poeta ha revelado oficialmente en la declaración de poética que lleva el título “Hoy es antes todavía”. En el recuerdo de notas machadianas Urrutia dice: “... en el hoy está necesariamente el ayer. Más aún estimo que no puede elaborarse ningún hoy sin que pese sobre él lo anterior, la historia de cada uno” (F. Estévez ed., *Poetas por sí mismos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, 211). Lo que ocurre en la vida personal de un hombre, además, está inevitablemente vinculado a la condición sociopolítica en la que el sujeto se sitúa, condición que en cada instante registra la presencia de pasado y presente, fusionados en un único conjunto, como ocurre también en el lenguaje. Esas reflexiones explican la primera parte del título del libro que se reseña, Será presente lo que ya es pasado, y la consecuente disposición de los poemas en los seis apartados del volumen.

Ya desde sus primeros libros la poesía de Urrutia es un elogio incondicionado del poder de las ‘palabras’ y al mismo tiempo la manifestación de la constante y difícil lucha del poeta por dominar el lenguaje de forma adecuada a su propio sentir después de tantos siglos de poesía:

Luego,
ya destrozado el canto
(hundido y olvidado por el suelo)
las canciones cantadas se perderán al fin
y será ya el momento de prepararnos todos,
de afinar cada voz y entonarlas a tiempo
para empezar de un brío el himno nuevo
(La fuente como un pájaro escondido, 26).

El poeta se interroga asimismo sobre el papel social de la poesía en una época de cambios sorprendentes sobre todo en España. La herencia cultural y lingüística, que ha recibido y asimilado, de hecho, se entretiene en la trama de sus versos, sustanciando su escritura. Si bien a veces ocultadas y otras declaradas de forma explícita, en sus poemas son frecuentes las reminiscencias de los poetas preferidos, de Garcilaso a Espronceda, de Bécquer a Darío, de Juan Ramón Jiménez a Jorge Guillén, y entre los extranjeros T. S. Eliot, Baudelaire, Valéry y Byron, entre otros. En su “Introducción”, Triviño Anzola recuerda el “Poema ante Jimena de la Frontera donde fue el origen del comienzo”, en el que se combinan el epígrafe a Octavio Paz, y la cita elaborada de los poetas Enrique González Martínez y Juan Ramón (*Del estado, evolución y permanencia del ánimo*, 31).

En cuanto a la organización de la Antología 1966-2016, recuerdo que Urrutia, después de los primeros poemarios, publicados entre 1966 y 1979, en sus libros suele reunir los poemas por secuencias de años y por consiguiente entre uno y otro se crean intervalos de tres o más años. Sin embargo, en el libro que se reseña su producción poética se distribuye en seis ‘Secciones’ que no siguen un criterio cronológico, con la excepción de las agrupaciones finales, y que se denominan: “El nacimiento

del lenguaje”; “Decir es hacer”; “Mimesis”; “La evidencia del sentido”; “Redundancia”; “Política del misterio”. En estos títulos se establece de manera evidente una estrecha relación entre el lenguaje y su capacidad de crear objetos poéticos:

El poema no es juego ni es palabra
sin ton ni son escrita en una mesa
despejada de platos y de fuentes,
sino un sencillo gesto que consagra
la vida en el tocar, o es una artesa
Que mezcla los vocablos con los dientes
(Una pronunciación desconocida, 74).

De la misma manera, se evidencia la voluntad de dominar la sentimentalidad, aunque en su poesía no faltan la anécdota personal y el detalle emocional. De los recuerdos de la infancia a sus amores y afectos familiares, de su práctica docente a sus impresiones de viaje, todo está filtrado eliminando cualquier elemento insustancial:

Sabe que hay que explorar en el espejo.
Encontrar en su lienzo el brillo tan marcado
Que tuvieron los muebles y esa luna
Que brillaba en los ojos profundísima,
Y una flor siempre viva con joven nieve intacta
("El poeta", *Invencción del enigma*, 75).

A las características subrayadas hay que añadir la producción de símbolos representativos de una peculiar visión del mundo:

Estar en el principio, en el quedarse,
Origen es del tacto de todo lo intangible
Tocado al fin. Sentido que se sabe
La palabra más alta del silencio,
El presente absoluto del presente
("Tiempo del espacio", *El mar o la impostura*, 108).

En su camino creador el poeta procede hacia la continua eliminación de elementos connotativos del lenguaje en favor de una rigurosa esencialidad expresiva:

Las palabras, las mismas, y el concepto,
una música fiel que, repetida,
reparte entre los labios la eternidad del aire
(Cabeza de lobo para un pasavante, 55).

Le ayuda en esta tarea el cambio de persona que utiliza a partir de *La travesía* (1987), libro de prosa poética en el que surge el tema del naufragio y del viaje, simbólico y real, que tomará cada vez mayor relieve en los libros sucesivos. La distancia entre el yo del poeta y su proyección lírica en este libro se establece a través de la segunda persona, pero en los posteriores Urrutia gira decididamente hacia la tercera, que mantiene hasta los poemas inéditos incluidos en la Antología. El proceso de objetivarse a sí mismo favorece la consiguiente depuración del medio expresivo hasta llegar, como sugieren algunos títulos de sus poemas, a un tono, por muy terso, tendencialmente sentencioso, como atestigua, por ejemplo, el del apartado "Decir es hacer". Detrás de la sencillez aparente de sus versos, sin embargo, se esconde la retórica más refinada, que afecta tanto al lenguaje como a los componentes rítmicos de las estrofas.

Los recuerdos de lugares urbanos y naturales, y de personas conocidas y amadas, de experiencias culturales y de momentos triviales de la vida diaria contribuyen a marcar el devenir del personaje-poeta desde el apasionado impulso juvenil hasta la madurez de la condición del presente de los últimos versos:

De la parte de día que le toca
 él prefiere la noche.
 Puede así contemplar cómo la luna
 observa tristemente,
 o escuchar esa risa irresponsable
 de las estrellas
 (“La amenaza”, Inédito, 138).

Como se desprende de los versos citados, los sentidos de los que el poeta se sirve son prevalentemente la mirada y el tacto; con los ojos y con el cuerpo dibuja los espacios, recorta sus límites, comprueba su existencia. La realidad que existe en sus poemas es una realidad poética, que no hay que confundir con la “verdad”, porque Urrutia centra su universo mental en la duda, consecuencia del racionalismo y del relativismo laicos de su formación y se coloca en la actitud que se ha definido ‘existencialismo humanista’.

En sus últimos libros *El mar o la impostura* (2004) y *Ocupación de la ciudad prohibida* (2010) se nota la presencia de poemas muy largos, hasta de 90 versos, que acercan el texto a la escritura en prosa, ya presente en su producción anterior y exquisitamente practicada, en el mismo 2010, en el libro *De una edad tal vez nunca vivida*. Sin embargo, el dilatarse del verso no afecta, como ocurre también en la publicación apenas mencionada, ni al ritmo ni a la musicalidad del conjunto poético:

Supongamos el sol. Es un poner. El sol cuando
 se asoma por
 la curva más recta, que es del horizonte el perfil
 más tramposo.
 Sale el sol en un descubrimiento falso para un
 reencuentro con
 la tierra y dibuja las formas una a una...
 (“Negación de la escritura”, *Ocupación de la ciu-*

dad prohibida, 124).

En la producción de la madurez el poeta prefiere representarse a sí mismo como viajero por las tierras que realmente ha visitado y por los senderos de la imaginación. Detrás de esta condición asoma el modelo de la Odisea y de Ulises, de la búsqueda de lo desconocido y de la vuelta a lo conocido, de la inseguridad de la aventura y de la estabilidad del hogar, viaje real y viaje simbólico el de Urrutia, que necesita “una tabla de salvación” y al mismo tiempo no renuncia a volver a explorar la “política del misterio”, a dejarse arrebatar por la seducción de lo incomprensible.

DOI 10.14672/1.2019.1565